

ALBERTO.
Confesor y no mártir no es despacho
que me pueda afrentar.

BRITÓN.
Eres marido.

ALBERTO.
¿Marido yo? Mi enojo has encendido.
Mientes hasta la envidia, y echa afuera
la virginal espada.

ESCENA X

LEONELA y MARGARITA.—DICHOS.

LEONELA.
Sal, señora,
si no pretendes que tu padre muera,
que con Roselio se mataba ahora.

MARGARITA.
Cuando le maten en la edad postrera
no muere mal logrado, ni me azora
ese temor: peor será que viva.

ALBERTO.
Echese hacia acá abajo.

BRITÓN.
Echo hacia arriba.

LEONELA.
Valerio que, celoso, está informado
de que Lelio te sirve, le provoca
hasta haberse los dos acuchillado.

MARGARITA.
Pues ¿eso te da pena? Calla, loca,
que una mujer que por el mundo ha dado
no gana fama, ó la que gana es poca,
por más amantes que su garbo inquiete,
si no han muerto por ella seis ó siete.

LEONELA.
¿Esa es la santidad que prometías
á la visión que viste y me has contado?

MARGARITA.
Debieron de ser vanas fantasías;
soy moza, no me pongas en cuidado;
malogrará mi edad en breves días
si miro en disparates que he soñado.

LEONELA.
El alma es de tu madre que te avisa.

MARGARITA.
Mañana daré un real para una misa.

LEONELA.
¿Un real? Limosna larga.

MARGARITA.
Basta y sobra

LEONELA.
Quien á lo humano gasta, á lo divino
es avarienta.

MARGARITA.
Deja ya esa obra,
que tanta santidad es desatino;
si Lelio viene y los cabellos cobra.
á la ocasión, hacerle determino
cacique de estas Indias.

LEONELA.
Es bizarro,
y tú su Potosí si él tu Pizarro.
Mas ¿qué es esto?

BRITÓN.
Desgracia nunca oída.
Lelio ha herido á Valerio malamente,
y dos horas no más le dan de vida,
que está sin habla y ya ni ve ni siente;
sus parientes te llaman su homicida.

MARGARITA.
No hago caso de dichos de la gente.
Pésame, cierto; y Lelio, ¿dónde ha huído?

BRITÓN.
Está en Predicadores retraído.
Pero no es la mayor desgracia ésta,
que tu padre también...

MARGARITA.
¿Cómo?

BRITÓN.
Ha quedado
herido y preso, y no por causa honesta;
que el padre de Valerio le ha afrentado
y está preso también.

LEONELA.
Hagamos fiesta,
pues se te cumple ya lo deseado.

MARGARITA.
¿Dónde le tienen preso?

BRITÓN.
En el palacio
viejo del Duque, y por su Alcaide á Horacio.

MARGARITA.
¿La herida es algo?

BRITÓN.
No, cierto rasguño
de oreja á oreja.

MARGARITA.
¿Cómo?

BRITÓN.
Miento, miento;
hirióle en la muñeca, junto al puño,
Roselio; mas no es nada.

MARGARITA.
Verle intento.

BRITÓN.
Aqueste vuestro amor es el dimiño:
matáis á uno y engaáis á ciento;
no vais á ver á vuestro padre ahora
que está con vos airado, aunque os adora.

MARGARITA.
No importa, que en achaque de ir á verle
quiero ver á tu amo, el retraído.

BRITÓN.
¿Queréisle bien?

MARGARITA.
Pues ¿he de aborrecerle
si por mi causa para tanto ha sido?

BRITÓN.
Pues ahora hay lugar, si habéis de hacerle
esa merced; porque al sermón ha ido
toda Florencia, que su gente aplica,
si fray Domingo de Guzmán predica;
y mientras que en la Iglesia está ocupada
con el dicho sermón, á un lado de ella
le hablarás sin que nadie note nada.

MARGARITA.
Bien dices; todo el gusto lo atropella,
Lelio me deja tierna y obligada,
y á fe que enciende más de una centella.

BRITÓN.
Es yesca la mujer, ¡qué maravilla!

MARGARITA.
Dame un manto Florisa; ¡hola! la silla. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS, menos MARGARITA.

BRITÓN.
Ya que sola te quedas, di, cerrojo
de cárcel traqueado, pandillera:
¿con mi amor es razón que seas chancera,
por Albertillo manco, zurdo y cojo?

LEONELA.
No hay mujer que no haga trampantojo,
y más con el remate de escalera.
Váyase noramala, salga fuera. (Escúpete.)

BRITÓN.
No escupas más, que me emplastaste un ojo,
tintero de botica.

LEONELA.
¡Ay, cerbatana!

BRITÓN.
¡Ay, tercerona!
LEONELA.
Y ¡ay, alcabaleto!

BRITÓN.
¡Ay, trota calles!
LEONELA.
¡Ay, estriega lodos!

BRITÓN.
¡Ay!
LEONELA.

BRITÓN.
¡Miz!
LEONELA.

BRITÓN.
¡Zape!
¡Ay, flaqueza humana!

BRITÓN.
¡Ay!
LEONELA.

BRITÓN.
¡Púpúl!
LEONELA.
¡Lá, lá!

BRITÓN.
¡Ay, yo soy, soy Duero!
LEONELA.
¡Ay, rasca muelas!

BRITÓN.
¡Ay, los ayes todos! (Vanse.)

ESCENA XII

Salen CELIO, PINARDO y LUDOVICO, galanes.

CELIO. Pues ¿de la iglesia os salís?

PINARDO. Tengo poca devoción.

LUDOVIC. ¿Para qué, pues, acudís
tanto á ella?

PINARDO. No el sermón
me trae, si lo advertís.

CELIO. Pues ¿qué?

PINARDO. Lo que os trae á vos.

CELIO. Yo á ver las damas que vienen
acudo sólo, por Dios.

LUDOVIC. Las mismas aquí me tienen.

PINARDO. Confórmome con los dos.

CELIO. Buena vino la mujer
de Honorato.

LUDOVIC. Quién, ¿Marfisa?

PINARDO. Debíose afeitarse de prisa
y echábasele de ver.

LUDOVIC. ¿Qué os pareció de Rosalba?

CELIO. Brava reverencia os hizo.
 PINARDO. Fuera más bella que el alba si no trajera postizo el cabello.
 LUDOVIC. Pues qué, ¿es calva?
 PINARDO. Como un San Pedro.
 CELIO. ¿Y Octavia?
 LUDOVIC. Es vieja.
 PINARDO. No lo es Lucrecia.
 CELIO. Esa tiene mucha labia y toca en puntos de necia porque despunta de sabia.
 LUDOVIC. ¿Casandra es de buena cara?
 PINARDO. Sí; pero dicen que es puerca.
 CELIO. ¿La española doña Clara?
 LUDOVIC. No parece bien de cerca y para de treinta es cara.
 CELIO. ¿La del ginovés Marín?
 PINARDO. Hanme dicho que trae esa una torre por chapín, y para chica es muy gruesa.
 CELIO. No lo es para el florentín.
 PINARDO. Las hermanas Garambelas me agradan mucho, por Dios.
 CELIO. Aféanlas las viruelas, y no osan dejar las dos verdugados y arandelas.
 LUDOVIC. Buena es Fabia.
 PINARDO. Malas manos.
 CELIO. ¿Y la Urbina?
 LUDOVIC. Es muy arisca.
 PINARDO. ¿Laura?
 CELIO. Tiene muchos granos.
 LUDOVIC. ¿Doriclea?
 PINARDO. Es medio bizca y habla á moros y cristianos.
 CELIO. Hoy los tres hemos venido mal contentadizos.
 LUDOVIC. Son lo que hemos dicho.
 PINARDO. Ha traído fray Domingo á su sermón todo el mundo.
 CELIO. ¿Habéisle oído?
 PINARDO. Una vez.
 LUDOVIC. ¿Y qué os parece?
 PINARDO. Que es un apóstol San Pablo que á darnos luz amanece.
 CELIO. No tendrá ganancia el diablo con él.
 LUDOVIC. No se desvanece.
 PINARDO. Según recoleta el mundo, si él prosigue en predicar, antes de mucho me fundo que al demonio le han de dar de azotes por vagamundo. Estas cuentas del rosario píldoras de vicios son.
 LUDOVIC. Concepto de boticario.
 CELIO. Dejemos la devoción, que estáis hoy extraordinario, y decid si habéis sabido la causa de la pendencia de Lelio.
 PINARDO. Pues ¿ha reñido?
 LUDOVIC. Sábelo toda Florencia, ¿y con eso habéis salido?

PINARDO. ¿Con quién?
 CELIO. Con Valerio.
 PINARDO. ¿Siendo su cuñado?
 LUDOVIC. ¿Eso no basta?
 PINARDO. ¿Y hay sangre?
 LUDOVIC. Estáse muriendo Valerio.
 PINARDO. Lelio es de casta de valientes; pero entiendo que celos de Margarita han puesto á Valerio así.
 CELIO. Como á ésos el seso quita.
 LUDOVIC. Pues retraído está aquí Lelio.
 PINARDO. ¡Qué honrada y bonita que es Lisarda, su mujer!

ESCENA XIII

Sale PINABEL. — DICHOS.

PINABEL. ¿De cuándo acá el diablo á misa?
 CELIO. Pinabel: ¿qué hay?
 PINABEL. ¿Qué ha de haber? que el mundo se acaba aprisa.
 LUDOVIC. ¿Cómo?
 PINABEL. Ahora acabo de ver á Margarita en sermón.
 PINARDO. Hace una raya en el agua.
 LUDOVIC. No la trae la devoción; que, si vino, á fe que fragua alguna nueva invención.
 CELIO. ¿Habían ya comenzado á predicar?
 PINABEL. Buen rato ha.
 PINARDO. ¿Y os salís?
 PINABEL. Harto he llorado; como estábades acá, salí de voces cansado.
 LUDOVIC. En fin: Margarita escucha al padre predicador; mostrará devoción.
 PINABEL. Muchas señales da de dolor ó locura con que lucha.
 PINARDO. ¿Y la criadita?
 PINABEL. Quemada y hecha polvos la vea yo.
 LUDOVIC. ¡Qué relamida y taimada!
 CELIO. En ella el demonio halló una gentil camarada.
 PINARDO. ¡Qué bien sabe la bellaca toda la giroaldía del trato alcahuetel!
 PINABEL. Saca jugo de una piedra fría.
 LUDOVIC. Y guarda más que una urraca.

ESCENA XIV

ANDRONIO Y FELICIO. — DICHOS.

ANDRON. ¡Gran sermón!
 FELICIO. Cuando Dios toca de esta suerte un corazón,

habla por la misma boca del que predica.
 ANDRON. El sermón vuelve á Margarita loca, ó la vuelve santa.
 FELICIO. Todo puede ser, que el mundo llama loco al santo.
 ANDRON. ¿De ese modo ya es loca y santa esta dama?
 FELICIO. Lo primero la acomodo.
 PINARDO. ¿Qué es esto, señores?
 ANDRON. Es milagros que hace el sermón de fray Domingo, después que vino aquí.
 PINARDO. La ocasión nos decid, Andronio, pues.
 FELICIO. Margarita, poco á poco en el sermón convertida de Domingo, á quien invoco, ó muda de estado y vida, ó la ha dado un furor loco. A cada voz que intimaba el padre predicador, una joya se quitaba; y sin mirar el valor de su sangre y dónde estaba, medio desnuda y llorando, el sermón interrumpía voces y suspiros dando.
 PINABEL. ¿Ella, santa?
 ANDRON. ¿No podría?
 PINABEL. No estoy el poder dudando del cielo; pero primero seré yo fraile que vos la veáis santa.
 CELIO. No quiero dudar del poder de Dios; el fin de este caso espero. Mas ¿no es ésta?
 LUDOVIC. Sí, y tras ella toda la gente que sale.
 CELIO. Loca viene.
 PINABEL. Loca y bella.
 ANDRON. Como su virtud iguale á sus vicios, dichosa ella.

ESCENA XV

MARGARITA, medio desnuda, y POBRES tras ella, y LEONELA. — DICHOS.

MARGAR. Afuera galas dañosas, joyas torpes y lascivas, plumas con que la corneja prestada hermosura envidia. Casa del demonio he sido, y por que al huésped despida, en fe de mudarse á ella mi Dios la desentapiza. Tomad, pobres de mis ojos.
 LEONELA. ¡Ah, señora de mi vida! ¿en la calle te desnudas?
 MARGAR. ¿No adviertes en quién te mira?
 LEONELA. Leonela: el mundo avariento, para quien por él camina,
 MARGAR. ¡Hay lástima semejante!

puerto es de Arrebata-capas, y así las ropas me quita. Vestidos hizo el pecado que á Adán y Eva ensambenitan; la verdad anda desnuda, adornada la mentira. En la calle han de ver todos que la hermosura fingida que en mí los encadenó prestada fué, que no mía. Fué hermosura de alquiler, pues claro está que la alquilera quien con galas es hermosa, si sin ellas la abominan.
 LEONELA. Pinabel, Celio, Pinardo, pues aquí estáis, reducidla, que se le va por la posta la medula de la vida.
 PINABEL. Señora: volved en vos, que no es bien que Margarita tan bella y que tanto vale la lloremos hoy perdida.
 MARGAR. ¡Qué bien en el uso estáis, idiotas, cuya doctrina cuando os rodeabais de sabios, la llama Pablo estulticia! La parábola ignoráis de la mujer alligada que, descuidada, perdió la preciosa margarita, y revolviendo la casa luz enciende, trastos quita, cofres busca, suelos barre, galas saca, cajas mira, hasta que, habiéndola hallado, llama á voces las vecinas; sale de sí, fiestas hace, gasta, festeja, convida. Pues si Margarita soy y, perdiéndome en mí misma estaba fuera de mí, sin valor y sin estima, y hoy dentro de mí me busco, la luz del sol encendida de la palabra de Dios que fray Domingo predica, ¿qué mucho que para hallarme arroje galas malditas, barra el alma de sus culpas, y sin mirar quién me mira, pues á mí misma me hallé cuando en mí estaba perdida, haga fiestas por las calles y dé á los pobres albricias? Margarita soy hallada, de Dios sigo la doctrina. Amigos: hagamos fiestas, á convidar voy amigas, (Baila.) cantadme mil parabienes, bailemos, que la alegría aquestos efectos causa; todos celebren mi dicha.
 LEONELA. Miren cuál anda el meollo, señora, mas que nos tiran pepinazos los muchachos, y que nos van dando gritan.
 LUDOVIC. ¡Hay lástima semejante!

MARGAR. ¿Esta es lástima? ¿Y la vida que yo tuve y vos tenéis os alegre y no os lastima? Muy necio sois para alcalde.

LEONELA. ¿Qué hacéis, señores? Asidla y á su casa la volvamos.

¡Mal haya nuestra venida!
PINARDO. No os habéis de desnudar; ni porque estéis convertida habéis de hablar disparates.

MARGAR. Quien es loca que los diga, ¿Dónde me lleváis?

CELIO. A casa.
Tenedla y vaya.

MARGAR. ¡Oh que linda compañía me llevabal
¡Fuera gente lasciva!
que si se pagan los vicios por las malas compañías no quiero que me paguéis los vuestros, ya que estoy limpia; ¡Fuera, digo, gigantes del mundo! La seda encima y la paja por de dentro, amantes á la malicia, que soy amante de veras.

PINARDO. Dejadla, que desatina y está furiosa. (Vanse.)

VOCES. (De dentro.) A la loca.

ESCENA XVI

MARGARITA sola.

Mi Dios, si hizo el mundo estima de mi frágil hermosa, hoy al menosprecio incita; llámenme loca por Vos, seré la loca divina.
¡Albricias me pedí, cielos, albricias! que si soy la perdida Margarita, pues á la luz de la verdad me hallaron venga mi Dios y le dará su hallazgo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale LEONELA á lo beato, LELIO y BRITÓN de peregrinos.

LELIO. Un año, Leonela, he estado en el duro cautiverio de la ausencia, y de Valerio temeroso; él ha sanado y yo por puntos peor moriré, pues Margarita mudada imposibilita mi vida, como mi amor. ¿Qué truco de vida es éste? ¿qué llanto? ¿qué soledad manchará su mocedad porque la vida me cueste?

LEONELA. ¿Qué quieres? Todos andamos á lo capacho; yo y todo, como ves, ando del modo que anda un Domingo de Ramos, suspirando por instantes, vestida de devoción, siendo en toda procesión paso de disciplinantes; y, en fin, si en la *vita bona* que ya me hacen dar de mano, fui bellaca á canto llano ya soy santa socarrona. Todo se muda; el camino de virtud sigo, ¿qué quieres?

BRITÓN. Mejor medrarás si hicieres fayancas á lo divino.

LEONELA. El rosario y fray Domingo han acabado esto y más.

BRITÓN. Hecha un almíbar estás del cielo; si en ti me pringo pegaráseme el ser santo.

LEONELA. Pues llegue, que aquí hay cordón que tiene por devoción diez ñuditos como un canto.

LELIO. Qué, ¿no se acuerda de mi tu señora?

LEONELA. No hay que hablar, con rezar y más rezar al malo aparta de sí. Trae al cuello de ordinario más cuentas que un buhonero.

LELIO. De esa suerte yo me muero.

LEONELA. Conviértete tú en rosario y á su cuello te traerá.

LELIO. Luego ¿de nada ha servido lo que de mí has recibido? Luego ¿en vano escrito te ha en esta ausencia mi amor, que de su industria discreta te aproveches?

LEONELA. No hay receta, por sabio que sea el doctor, que aproveche si el enfermo no la quiere ejecutar; no tienes que me culpar, que en verdad que no me duermo. No hay ocasión de nombrarte que, encajándole la historia, no le traiga á la memoria lo mucho que debe amarte. Y aun hubo vez que mohina, después que me reprendió, sin que ayunase, me dió colación de disciplina. Viene fray Domingo á casa, y endiósala de manera que, si al mundo fué de cera, para Dios es ya de masa. Su padre está tan contento como antes estaba triste; sayal ó estameña viste, hierbas son nuestro sustento, que carne no es ya comida que á nuestras mesas ayuda (1).

(1) En el original «de que nuestra mesa ayuda» Hartzenbusch corrigió como nosotros.

BRITÓN. Opilóse con la cruda y págalo la cocida.

LEONELA. No sé; lo que experimento es, que desde un año acá solos rosarios me da por salario y por sustento. En lugar de letuario rosarios he de almorzar; á comer, á merendar y á hacer colación, rosario. Rosario al hacer labor, rosario al agua bendita, rosario cuando hay visita, rosario si hace calor.

Rosario si llueve ó hiela, y, en fin, me tiene tan harta que es cada hora ya una sarta de rosarios en Leonela.

BRITÓN. Si Apuleyo te topara y una mano te mordiera, rosada estás de manera que al punto te desasnara.

LELIO. Pues, Leonela, yo he venido con tan loco frenesí, que he de darme muerte aquí, ó el fuego que se ha encendido en mi alma poco á poco Margarita ha de apagar. Hoy la tengo de gozar ó morir hoy.

LEONELA. ¿Estás loco?

LELIO. No sé qué furia me incita y me trae como me ves. Margarita mi bien es, moriré sin Margarita. No dudes de esto.

LEONELA. Habla paso no sepa que estás aquí.

LELIO. ¿Qué importa?

LEONELA. ¡Pobre de mí!

LELIO. Yo me muero, yo me abraso.

LEONELA. Calla, que si te conoce y contigo me oye hablar esta noche he de cenar confites de doce en doce, que de cuerdas de vihuela hizo de alambre y de pita. Si no gozo á Margarita este es mi entierro, Leonela. De peregrino he venido para hallar fácil la entrada de esta casa tan mudada sin que sea conocido. Si á mi vida no das traza de mi muerte no te espantes.

LEONELA. Pues menos la amabas antes.

LELIO. Después que así se disfraza y de estado y vida muda, ó lo hace la privación ó el infierno, en su afición me enciende.

LEONELA. Aqueso es, sin duda. Mas yo ¿qué tengo de hacer? si tu nombre le repito ya en libros y horas escrito, ya llegándole á esconder en las mangas de la ropa;

debajo la cabecera, en la labor, en la estera, el nombre de Lelio topa. ¡Qué golpes no me ha costado, por más que niego y reniego! ni ¿qué importa encender fuego si lágrimas ha topado, que cada instante que reza en estas cuentas derrama, con que apagando la llama me quiebro yo la cabeza? No sé cómo correspondas con tu gusto.

LELIO. Sólo un medio á mi mal dará remedio, y es que esta noche me escondas adonde mi persuasión su áspera vida mitigue y á que me quiera la obligue la fuerza de la ocasión.

LEONELA. Y que me llueva á mí á cuestras.

LELIO. Con decir que nada sabes cumplies.

LEONELA. Si tengo las llaves y no hay otras puestas que éstas, ¿qué he de responder?

LELIO. Responda esta cadena por ti.

LEONELA. Si me eslabonas así, cuando en el alma te esconda, no es nada. ¡Buen cabestrillo! Entrate allí dentro, anda. ¿Qué postema no se ablanda con este unguento amarillo? Yo te cerraré con llave dentro de aquel aposento.

BRITÓN. ¿Y yo?

LEONELA. Tengo cierto cuento que decille: ya él lo sabe.

BRITÓN. Ahí te las tienes todas.

LEONELA. Aun así te quiero bien. Lelio: con ella te avén, veamos cuál te acomoda, que yo con esto he cumplido.

LELIO. La vida te soy á cargo.

BRITÓN. Soy tu amargo.

LEONELA. Y muy mi amargo; Entra presto que he sentido gente.

BRITÓN. ¡Qué linda beata! (Vanse.)

LEONELA. Aunque se vista de seda la mona, mona se queda, que el mercader siempre trata.

ESCENA II

Sale MARGARITA, en hábito honesto.—LEONELA.

MARGARITA.

Rosario soberano: mi esperanza en vuestras cuentas tiene un firme estribo; esclava fui del infernal cautivo, un año ha que tomé de mí venganza. Mucho os debo, mi Dios; en mucho alcanza á mis pequeños gastos el recibo; no saquéis mandamiento ejecutivo, que yo os daré en Domingo una fianza.

Mas, Señor, si os agradan las migajas de mi corto caudal, aunque son cosas de pequeño valor y prendas bajas, ejecutadlas, y serán dichosas, que si el mal pagador os paga en pajas, aunque yo os pague mal, pagaré en rosas.
¿Leonela?

LEONELA. Señora mía.

MARGAR. ¿En qué entiendes?

LEONELA. En pasar de un lugar á otro lugar una y otra Avemaría.

MARGAR. ¿Has aprendido del modo que el rosario que es entero se divide?

LEONELA. Aunque grosero mi ingenio, ya lo sé todo.

MARGAR. Repite, pues la lección que acerca de esto te di.

LEONELA. Ahora la repetí, estoy haciendo oración; soy muy flaca de cabeza; mejor fuera merendar.

MARGAR. Leonela: ya no hay jugar; deja las burlas y empieza, si quieres que el bien te cuadre con que Dios el alma ayuda.

LEONELA. Soy, señora, por ser ruda, buena para el mal de madre.

Y según me haces comer rosas, debes de pensar que he menesterme purgar; ya no puedo padecer tanto, que Lelio es testigo.

MARGAR. ¿No te he mandado que el nombre no mientes aquí de ese hombre?

LEONELA. Bien sé yo por qué lo digo; que, como Lelio es discreto, todas las veces que pasa, que son hartas, por tu casa, viendo mi flaco sujeto me dijo: «no ayune tanto»; porque si una vez desquicio los umbrales del juicio enloqueceré á lo santo; y no es bien que pague mal á Lelio, que bien te quiere.

MARGAR. Leonela: cuando te oyere, sin hacer de mí caudal, nombrarme otra vez ese hombre, no has de estar más en mi casa; ya de los límites pasa tu atrevimiento; ni el nombre he de oír del instrumento de mi torpe perdición.

LEONELA. Pues ¿yo?

MARGAR. No des ocasión Leonela, á mi sufrimiento; usa bien de mi paciencia, ó despidete.

LEONELA. Señora: si nombrase desde ahora á Lelio, ni en tu presencia ni ausente, aunque Lelio sea tan galán y gentil hombre, pues te da de Lelio el nombre enfado y no te recrea,

plegue á Dios que Lelio venga á estar en casa escondido por mi mal, y que perdido el seso tan poco tenga, que Lelio y tú estando juntos, porque yo fui la ocasión, tú me des un bofetón y Lelio estampe los puntos del zapato en mi barriga; porque Lelio, ¿qué me ha dado? Si es Lelio ó no es Lelio honrado, el mismo Lelio lo diga.

MARGAR. O que me enoje apetece, ó loca debes de estar; mándotele no nombrar y nómbrales tantas veces.

LEONELA. Escucha, y no seas cruel, ni por nombrarle te ofendas, que hago Carnestolendas para despedirme de él.

MARGAR. Dejemos, Leonela, gracias; híncale aquí de rodillas y sabrás las maravillas que contra nuestras desgracias aqueste rosario encierra.

(Hincanse las dos)

LEONELA. En fin: ¿nos hemos de hincar? ¡Válgate Dios, por rezar! Hincada estoy en la tierra.

MARGAR. Los misterios del Rosario son quince; ¿sábeslos?

LEONELA. Sí; jugar al quince aprendí en casa de un boticario.

MARGAR. Los primeros, que son cinco, son gozosos.

LEONELA. No hay tal gozo como el dar la mano á un mozo blanco y rubio como un brinco.

MARGAR. ¿Qué dices?

LEONELA. Que cinco son los que son gozosos solos; pero no cinco de bolos, cinco, sí, de devoción.

MARGAR. Los otros cinco se llaman dolorosos.

LEONELA. ¡Qué dolor es gastar mi edad en flor, cuando dos lacayos me aman, hincada aquí como estaca!

MARGAR. Los otros son los gloriosos.

LEONELA. ¡Oh misterios generosos! Pues que soy tan gran bellaca levantadme de aquí presto.

MARGAR. Los cinco primeros, pues, quiero enseñarte, y después los otros.

LEONELA. Buena me han puesto.

MARGAR. La soberana embajada del paraninfo Gabriel contempla, que desde Abel tan pedida y deseada fué hasta este punto divino. ¡Qué lágrimas no vertían los que á las nubes pedían: «lloved, cielo cristalino, el rocío celestial

que nuestras penas consuele, y en la concha se congele soberana y virginal.» ¡Ay, qué soberano ejemplo dais, amoroso Señor, de vuestro infinito amor! ¿No contemplas?

(Duérmese Leonela.)

LEONELA. Ya contemplo.

MARGAR. Pues en oración mental contempla aquel *Ecce ancilla*, de aquella humildad tranquila, pues que tuvo fuerza tal que al mismo Dios derribó, pues el *Ecce* apenas dijo, cuando el que era de Dios hijo en su pureza encarnó. ¡Ay, que el corazón destemplo en amor, ternura y llanto, mi Dios, mi humanado santo! ¿No contemplas?

LEONELA. Ya contemplo.

MARGAR. Contempla, pues, esto así, mientras yo á la Virgen doy gracias, aunque indigna soy, por aquel divino sí que dió al cielo. ¡Ay, rosa bella; que siendo Jessé el rosal y la causa virginal, María al fin nació de ella; aquella rosa sagrada, por nuestra dulce *ecce ancilla*, que eternamente destila celestial agua rosada! ¡Ay, cuentas, qué provechosas sois á quien os satisfacel Rosas sois de quien Dios hace para el alma un pan de rosas. Con vosotras me recreo, que sois mi consuelo, en fin, y como por un jardín por vosotras me paseo. Como Dios es hortelano y su gracia la que os riega, nunca el duro invierno os llega, siempre gozáis del verano. Primavera sois de bienes, siempre sois florido mayo. ¡Válgate Dios! por lacayo qué buenas piernas que tienes.

MARGAR. ¿Qué es eso?

LEONELA. Estoy contemplando.

MARGAR. ¿En la embajada?

LEONELA. ¿Pues no?

MARGAR. En la que Lelio me dió. (Aparte.)

LEONELA. ¿Qué dices?

MARGAR. Digo, que ando ahora en cuando del cielo el ángel se despedía de los deudos que tenía, haciendo jornada al suelo, lo que llorarían con él; paréceme que los veo decir: «Que volváis deseo muy rico de allá, Gabriel. Guardaos de murmuradores, calcillas y bigotillos,

conventuales de corrillos y academias de censores. Que aunque sois un San Gabriel han de murmurar de vos, pues no perdonan á Dios ni á sus ministros con El. Apartaos de los poetas, aunque hay tantos, que no sé si podréis, pues ya se ve entre agujas y banquetas Apolo, por su desastre, y el zapatero se mete á dalle con el tranchete y con su tiserá el sastré.»

MARGAR. Leonela: los que acá bajan siempre gozan la presencia de Dios y su eterna esencia; no hay llanto allá, no trabajan.

LEONELA. ¿Luego no se despidió el ángel de esotros bellos?

MARGAR. Si estaba siempre con ellos, ¿para qué?

LEONELA. Engañéme yo.

(Ruido de dentro de carrera.)

MARGAR. Mas ¿qué es esto? Carrerita, no la pienso yo perder.

MARGAR. ¿Dónde vas?

LEONELA. A ver correr.

MARGAR. ¿Estás loca?

LEONELA. Estoy contrita.

Pero esto de cascabeles inquiétanme de ordinario.

MARGAR. Cuando rezas el rosario, ¿es justo que te desveles en cosas vanas? ¿Qué intentas?

LEONELA. Todo es pura devoción, pues los cascabeles son redondos como las cuentas, y de los dos imagino que son, y no es dicho en vano, el pretal rosario humano, y ese otro pretal divino.

ESCENA III

Sacan PINARDO y ALBERTO á VALERIO desmayado.

PINARDO. Si es verdad que vive en vos la piedad con que Florencia vuestra fama reverencia, y amando ya á lo de Dios, sois al mundo ejemplo nuevo que vuestra vida acredita, no es posible, Margarita, que, mirando este mancebo cuál está de una caída que dió un caballo corriendo, su desgracia socorriendo no intercedáis por su vida. Pruebe en vos la devoción lo que médicos no pueden.

(Vase PinarDO.)

ALBERTO. Vuestras oraciones queden con él, pues bastantes son á volverle en sí, y Leonela y yo iremos á buscar

agua con que despertar su desmayo.
 LEONELA. ¿Qué cautela es ésta?
 ALBERTO. Por agua ven, y sabráslo de camino.
 LEONELA. Ir por ella determino al mar.
 ALBERTO. Y estaré bien á Valerio, porque tardes, que no es el suyo desmayo.
 LEONELA. ¿No? Pues ¿qué?
 ALBERTO. Amoroso ensayo: oye, y ven, porque no aguardes.
(Vanse estos dos.)

ESCENA IV

MARGARITA y VALERIO.

MARGAR. ¿Qué enmarañada invención quiere inquietar mi sosiego? Junto á la pólvora el fuego, la hacienda junto al ladrón. Si es Valerio, y la ocasión puede tanto, ¿qué he de hacer? Agua fueron á traer los que de mí no hacen caso; traigan agua, que me abraso sin saberme defender. ¿Irme de aquí? Mas dejo á Valerio desmayado, y si le halla en este estado, ¿qué dirá mi padre viejo? Quedarme no es buen consejo: pues noirme ni quedarme y consentir abrasarme mi afrenta vuelvo á temer, que estoy sola, soy mujer y no hay que poder fiarme. ¡Ah Leonela! Pero fué por agua y no volverá, que sobornada estará porque á mi mal tiempo dé. Aconsejadme qué haré, cielos piadosos, aquí: ¿huiré este peligro? Sí, que si Valerio cayó no es razón que caiga yo y que me lleve tras sí. Desmayado está, no quiero aguardar á que en sí vuelva, y que torpe se resuelva á lo que intentó primero.
 VALERIO. Espera, entrañas de acero, si te obligan á esperar lágrimas que despertar este desmayo han podido. ¿Es posible que yo he sido quien tuvo en tu amor lugar? Mas sí, que en esta desgracia, no tan por peligroso hallo la caída de un caballo como el caer de tu gracia. La hermosura que te agracia no es razón que esté empleada en la vida despreciada

que con este traje adquieres, porque no te digan que eres *la bella mal maridada*. Yo fui tu primero dueño, ser quiero tu esposo ahora; Valerio es el que te adora, aunque en méritos pequeño; el alma otra vez empeño que á los principios te di; no es bien que borres así, entre esa estameña obscura, Margarita, una hermosa *de las mas lindas que vi*.
 MARGAR. Valerio: volved en vos; mudad de intento y estado; por Dios sólo os he dejado, no hagáis competencia á Dios. Solos estamos los dos, si pasar la vida en flores queréis, no las hay mejores que las que en mis cuentas veis; aquí amores hallaréis *si habéis de tomar amores*. Si de mi pasado yerro os vine cómplice á hacer, locura será volver al vómito como el perro; á Dios por amante encierro; dentro del alma le oí decirme: «mi gracia os di, y pues que entre los del mundo soy amante sin segundo, *no dejéis por otro á mí*».
 VALERIO. Pues si por ruegos no basto, por fuerza hoy cruel verás del mal pago que me das un castigo poco casto. En balde palabras gasto, y de intento ó vida muda.
 MARGAR. ¡Cielos! ¿no hay quien me dé ayuda?

ESCENA V

LELIO con el bordón desenvainado.—DICHOS.

LELIO. ¿Cómo te puede faltar, donde yo estoy, que á estorbar tu agravio quiere que acuda?
 MARGAR. ¡Lelio en mi casa! ¿qué es esto?
 VALERIO. ¿Qué ha de ser, sino señal, hipócrita desleal, de tu trato deshonesto? Tu fama en el vulgo has puesto hasta el cielo, y escondido tu vil galán atrevido; á tu viejo padre engañas que con tan torpes hazañas tu santidad ha fingido. El hábito honesto deja, que para Dios no hay engaño; pues para hacer mayor daño viene el lobo en piel de oveja; vuelve á tu costumbre vieja, pues no tienes que perder, y volverá el vulgo á hacer burla de tu torpe vida, que la honra una vez perdida

mal la cobra una mujer. Con Lelio en público trata, si en secreto á hablarte vino, que bien viene un peregrino con una falsa beata.
 LELIO. Mientes, y refrena ó ata la lengua descomedida, ó quitaréte la vida.
 VALERIO. Aquí no, vente tras mí porque satisfaga en ti tu atrevimiento y mi herida. Y tú, hipócrita, no dudes, pues tan convertida estás, que he de ocuparme de hoy más en pregonar tus virtudes, y aunque á su casa acudes á servir á Dios, desde hoy haré en la ciudad que estoy que sus vecinos te alaben.
 LELIO. Ya sabes á lo que saben mis manos.
 VALERIO. Ven.
(Vase Valerio.)

ESCENA VI

DICHOS, menos VALERIO.

LELIO. Tras ti voy. Margarita: no es razón, ya que en tu defensa cuerda la vida pierda, que pierda antes de ella la ocasión; si una justa obligación á mi amor basta á moverte, y el salir á defenderte te mueve, paga mi fe, ó antes que me la dé Valerio verás mi muerte. Sólo tu amor ha podido disfrazarme como ves; tu amor, Margarita, es quien hoy aquí me ha escondido. Valerio se va ofendido á decir por la ciudad que con fingida amistad pagas mi amor torpemente, y pues le ha de crear la gente, haz su mentira verdad.
 MARGAR. No permitas, Lelio, que haga á Dios y al rosario ofensa.
 LELIO. No he de forzarte; mas piensa que si así mi amor se paga, ha de acabarme esta daga, y hallándome aquí sin vida, la ciudad, de ti ofendida, te llamará descompuesta, con Valerio deshonesto y conmigo mi homicida. Paga bien voluntad tanta.
 MARGAR. ¡Oh, torcida inclinación! ¡Oh, fuerza de la ocasión! Sola estoy, Lelio, levanta devoción piadosa y santa. ¿Qué lobo deja la presa por más que ayunar profesa? ¿qué tesoro el avariento,

ó qué manjar el hambriento cuando le ponen la mesa? Soy mujer, bástame el nombre, frágil es mi natural; ni acero ni pedernal será razón que me nombre; de la costilla del hombre la mujer recibió el ser, al centro quiero volver que mi inclinación dispone, Dios y el rosario perdone.
 LELIO. Qué, ¿mi amor vino á vencer? Déjame poner la boca en estas manos, los brazos sean de este cuello lazos donde mi alma su bien toca.

ESCENA VII

LEONELA y ALBERTO con agua.—DICHOS.

ALBERTO. ¡Ay mudanza torpe y local! A buen tiempo el agua viene si acaso sed tu ama tiene, que habrá sido el calor mucho. Mas, ¿qué veo?
 LEONELA. Y yo ¿qué escucho?
 ALBERTO. Hecho me he quedado grulla en un pie. ¿Con quién se arrulla la santa?
 LEONELA. Es un avechuelo que en figura de romero no le conoce Galván.
 ALBERTO. ¿No es Lelio éste, aquel galán de Margarita? ¿qué espero?
 LEONELA. ¿Y el desmayado?
 ALBERTO. Eso quiero preguntar.
 LEONELA. Gentil ensayo.
 ALBERTO. Mas que tienes su lacayo con el mismo fingimiento aquí.
 LEONELA. Como se lo cuento.
 ALBERTO. Pues yo también me desmayo.
 LEONELA. ¿Dónde Valerio estará?
 ALBERTO. Saberlo será mejor.
 LEONELA. ¡Ay, señora, mi señor!
 ALBERTO. ¿Cómo?
 LEONELA. En la sala entra ya.
 ALBERTO. Leonela, dime: ¿no habrá desván ó zaquizamí adonde me escondas?
 LEONELA. Sí.
 ¡Eh, lo que ha de hacer el viejo! mas haga, allá me los dejo.
 ALBERTO. Escóndeme.
 LEONELA. Ven tras mí.
(Vanse los dos.)

ESCENA VIII

Sale CLEANDRO y halla abrazados á MARGARITA y LELIO.—DICHOS.

CLEANDR. Valerio descolorido de mi casa y descompuesto contra mis canas, ¿qué es esto?

¿Aún no ha escarmentado herido?
Pero no sin causa ha sido,
según lo que llevo á ver,
á inconstancia de mujer
no es mucho sienta los lazos
si toma el honor abrazos
que otra vez vuelva á caer.
Pidan eterna quietud
al mar donde no hay sosiego,
flores y hierbas al fuego,
prudencia á la juventud,
á la enfermedad salud,
verdades al mercader,
seguridad al poder
y humildad á la riqueza,
como no pidan firmeza,
ni palabra á la mujer.
¡Qué presto te arrepentiste
de la virtud que profesas:
al vicio pusiste presas,
pero presto las rompiste!
La estameña que se viste
no es honra en ti, mas baldón,
que el hábito y religión
no hace santo al que le muda,
si al vestirse no desnuda
su perversa inclinación.
También tú te has disfrazado,
pero bien fué que viniera
un romero á una ramera
como ella disimulado.
Corta estación has andado
para el traje que desdora
tu fama; mas porque ahora
excuses jornada tanta,
por no ir á la casa santa
vienes á la pecadora.
A tan devota estación
justo es que luces encienda,
yo encenderé con la hacienda
la imagen de devoción;
no ha de haber más ocasión
en mi casa de pecar,
toda la quiero abrasar,
aunque la vida me cueste,
que es hacienda al fin de peste
y la manda el juez quemar.
Sacar de aquí una hacha quiero.

(Descubre á Britón de peregrino y á Alberto y en medio á Leonela.)

BRITÓN. ¡Par Dios, que nos ha cogido!
CLEANDR. ¿Qué es esto?
BRITÓN. No es nada, un nido
de chinches en agujero;
un San Roque, soy romero.
ALBERTO. Yo á su mastín me acomodo.
LEONELA. Y yo vengo á hacer de todo
mi figura en el retablo,
que en casa en que vive el diablo
anda á lo del diablo todo.
CLEANDR. ¿Qué hacéis de esa suerte?
BRITÓN. Al son
que nos hacen nuestros amos,
también los mozos bailamos.
CLEANDR. ¿Vió el mundo tal perdición?
Ya ni hay seso ni hay razón
que darne la muerte impida.

¡Ay casa! ¡ay honra perdida!
¡ay hija torpe y liviana!
Si fray Domingo no os sana,
yo me quitaré la vida. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos CLEANDRO.

LELIO. No he tenido para hablarle
cara ni lengua.
MARGAR. Eso puede
la razón que al vicio excede,
y le enfrena porque calle,
no sé como he de mirarle
al rostro desde hoy.
LELIO. Repasa
la violencia que me abrasa,
á pesar de mi valor,
y obligar á mi amor
á dejar por mí tu casa.
Tu padre es determinado
y está indignado contigo,
sólo la muerte es castigo
del padre ó marido honrado;
pues si á fray Domingo ha dado
de estas liviandades cuenta,
¿cómo sufrirás la afrenta
con que es fuerza te dé en cara?
Huye, que su mal repara
quien ha pecado y se ausenta.
En Nápoles viviremos,
que es Babilonia del mundo.
Huye el ímpetu segundo
de tu padre.
MARGAR. ¡En qué de extremos
los que pecamos caemos!
BRITÓN. Leonela: yo me despido;
túteres habemos sido
en tu confuso retablo.
ALBERTO. Si el viejo vuelve, algún diablo
le aguarde.
BRITÓN. Algún descosido.
LEONELA. Entrense acá, que les quiero
decir á los dos un poco.
BRITÓN. ¡Que me traiga ésta hecho un loco!
ALBERTO. ¿Y yo no ando al retortero?
BRITÓN. Ahora bien: compañero,
alcancemos dos bocados
amigos y conformados.
ALBERTO. ¿Y si de palos nos dan?
BRITÓN. Graduado de galán
quedarás.
ALBERTO. Fuego en los grados.
(Vanse éstos.)
LELIO. ¿Qué determinas?
MARGAR. Forzoso
lo que dices ha de ser;
morir quiero y no me ver
ante el rostro riguroso
de mi padre.
LELIO. Venturoso
fin has dado á mi amor hoy;
pues esperándote estoy,
¿qué aguardas?
MARGAR. ¡Ay amor loco!
Déjame aquí sola un poco.

LELIO. Date prisa.
MARGAR. Tras ti voy.
(Vase Lelio.)

ESCENA X

MARGARITA SOLA.

Virgen divina: si mi vida exenta
de mi casa me saca en que habéis sido
huésped a mí un año que he cogido
rosas de aquel jardín que el bien aumenta,
ya que me parto por huir mi afrenta,
puesto que cuenta no me hayáis pedido,
tomadla, no digáis que me despido
haciendo sin la huésped a la cuenta.
Cuentas os debo de hoy, que no he rezado;
pero, Señora, aún no es pasado el día,
mas no queréis que os pague en este trance.
Mal viene la oración con el pecado;
huir es lo mejor, Virgen María,
mas temo vuestro alcance no me alcance.

(Va á ir y cae.)

¡Jesús, mil veces! Caí,
el chapín se me torció,
en fe de que también yo
con él la virtud torcí.
Mal suceso ha de tener
amor que empieza en azar,
si es agüero el tropezar,
¡cielos! ¿qué será el caer?
¡Ay, si mi dicha quisiera
que, cayendo de un chapín,
pues es corcho, vano al fin,
de mi vanidad cayera,
y por excusar la afrenta
que de huir conseguiré,
se quedara mi honra en pie
y yo cayera en la cuenta!
Ahora bien: Lelio perdona,
y su amoroso interés,
pues adivinan los pies
el lazo que amor les pone.
Ya la virtud reducida,
pues que libre me levanto,
sirva de freno al espanto,
si temo la recaída.
Mas ¿con qué vergüenza puedo
aguardar la reprehensión
de quien con tanta razón
me amenaza si aquí quedo?
Todo el gusto lo atropella;
si aquí á mi padre esperara,
jamás alzarla la cara,
pues me ha de dar siempre en ella
con el honor que le quita
mi liviandad. ¡Ay, amor!
¿Qué haré? Quedarme es mejor.
¡Viva la honra!
(De dentro.) ¡Ah, Margarita!
¿Así cumples tu promesa?
MARGAR. ¡Ay, cielos! Lelio me llama,
Valerio á voces me infama,
mi vicio el vulgo confiesa;
Fray Domingo de Mendoza,
si aguardo su reprehensión,

ha de ser mi confusión,
mi inclinación libre y moza
puede infinito conmigo;
mi padre ha vuelto en furor
todo su pasado amor,
y es bien tema su castigo.
Todo lo reparo huyendo;
adiós casa, adiós vejez;
honra, adiós.—Caí otra vez;
¿qué aguardo? mas ¿qué pretendo?
Si en la primera caída
Pablo su remedio funda,
cayendo yo la segunda,
¿qué espero en tal recaída?
Pero en tan confuso abismo
por menos difícil hallo
caer Pablo del caballo
que el pecador de sí mismo.
Aunque no le imito yo
por ser más frágil mi ser,
que, en fin, Pablo, con caer,
de su presunción cayó.
Ea, sospecha ligera,
de vuestro padre el furor
huid, pues os guía amor
y Lelio amándome espera.
¡Jesús, caí! ¿Dónde voy?
Mas ¡ay, torpeza perdida,
si va de tres la vencida,
vencida y en tierra estoy!
No me puedo levantar,
¡ah intenciones desbocadas!
Dios os da de sofrenadas
¿y el freno queréis quebrar?
Póngaos su castigo miedo.

ESCENA XI

Un mancebo muy galán, que es el ANGEL DE LA GUARDA, sale y levanta á MARGARITA.

ANGEL. Si su justicia os espanta,
mi Margarita, levanta.
MARGAR. Gallardo joven, no puedo.
Tullida estoy y con duda
de volver en mí jamás.
ANGEL. Por ti sola no podrás
si la gracia no te ayuda.
MARGAR. ¿Y podré con ella?
ANGEL. Sí.
MARGAR. ¿Pues quién me la dará?
ANGEL. Llega,
que Dios su gracia no niega
al que hace lo que es en sí.
MARGAR. Mejor fuera no caer;
pues, aunque favor me ofreces,
si he caído ya tres veces,
¿cómo me podré tener?
ANGEL. Con la gracia de Dios santa.
MARGAR. ¿Cómo he de volver en mí
si tercera vez caí?
ANGEL. Quien no cae no se levanta.
No hay natural tan robusto
que pueda tenerse en pie.
MARGAR. Bello mancebo, ya sé
que siete veces cae el justo;

- mas no de caídas tales
que pierda en cada caída
la esperanza con la vida,
pues las tuyas son veniales,
mas las mías son de muerte.
- ANGEL. El gigante que luchaba,
de la tierra que tocaba
se levantaba más fuerte.
Dame la mano, que así
no volverás á caer.
- MARGAR. ¿Quién eres tú, que á encender
mi pecho vienes aquí,
desde que tu mano toca
las mías? Dichoso empleo:
desde que tus ojos veo;
desde que vierte tu boca,
no palabras, sino almbar;
desde que tus labios bellos
contemplo y en tus cabellos
arma lazos de oro Tíbar,
tan perdida estoy de amor,
que en lugar de arrepentirme
y á la enmienda reducirme
que me predica el temor,
sea dicha ó sea desgracia,
á no tenerme tú, hiciera
amor que otra vez cayera,
por solo caerte en gracia.
¿Quiéresme decir, señor,
quién eres?
- ANGEL. Quien por quererte
ha dado entrada la muerte.
Soy un fénix del amor
que, muerto por los desvelos
con que mis méritos tratas,
hoy á tus manos ingratas
me rinden preso los celos.
- MARGAR. ¿Celos de mí? Juraré
que no te he visto en mi vida.
- ANGEL. ¡Ay, Margarita perdidal
¿No me has visto? Pues yo sé
hasta el menor pensamiento
de tu amoroso cuidado,
y trayéndome á tu lado
en fe del amor que siento
y que le pagues aguarda,
tanto te ha dado en celar,
que me pudieras llamar
al propio tu Angel de Guarda.
- MARGAR. En la celestial belleza
con que á amarte me provoco,
ángel eres, y aún es poco;
si celos te dan tristeza,
piérdelos, mi bien, que ya
Lelio es mi muerte y Valerio
mi tormento y vituperio;
sólo en mi pecho hallará
entrada alegre y suave
tu amor, que por dueño queda,
y por que otro entrar no pueda,
cierra y llévate la llave.
- ANGEL. Si tal reciprocación
halla en ti mi voluntad
gozar quiero tu beldad
y no perder la ocasión,
en tu tálamo amoroso
me hallarás, sígueme luego. (Vase.)

ESCENA XII

MARGARITA, luego el ANGEL.

- MARGAR. En otro amor, otro fuego
otro cuidado sabroso
diverso del que hasta aquí
abrasar el alma siento,
¡ay suave encantamento!
¿qué es esto que siento en mí?
¿Hay semejante hermosura?
¿hay gracia más pegajosa?
¿hay lengua más amorosa?
¿hay más donosa cordura
para niño tan cuerdo
tan grave y tan cortesano?
No hay que hablar, aquí me gano,
si por él desde hoy me pierdo;
aunque caí no me espanta
pues me levantó el temor,
que en los sucesos de amor
quien no cae, no se levanta.
- (Tire una cortina y esté el Angel acostado en una cama.)
Aquí ha de ser el empleo
de toda mi voluntad,
aquí espera la beldad
que adoro, mas ya le veo.
Y no entiendo lo que es esto,
pues, en tan dichoso paso,
siento que por él me abraso
y el fuego es santo y honesto.
Tan diferente motivo
me rinde la libertad
que soy toda voluntad
sin tener el sensitivo
apetito entrada aquí.
Mi bien, mi luz, mi regalo,
que á mereceros me igualo.
- ANGEL. Margarita: advierte en mí
y las ventajas verás
que llevo á los que has querido
y amantes tuyos han sido.
Y si persuadida estás
á ser mi querida esposa,
no en tálamos de la tierra,
donde amor no es paz, que es guerra,
sino entre el jazmín y rosa
del deleite que es eterno,
nos hemos de desposar.
- MARGAR. Si vos me habéis de guiar,
galán cuerdo, amante tierno,
vamos donde vos gustéis,
que ya sin vos todo es vano.
- ANGEL. Dame de esposa la mano.
- MARGAR. En ella el alma tenéis.
- ANGEL. Sígueme, pues, que encamina
el cielo tus dichas todas.
- MARGAR. ¿Dónde vamos?
- ANGEL. A unas bodas
donde es Virgen la madrina,
y su tálamo un rosál
cuyas rosas acrecientas
cuando rezas en sus cuentas.
(Sube desde la cama el Angel al cielo y
lleva consigo á Margarita.)
- MARGAR. ¡Ay, esposo celestial!

Si á tal suerte, á dicha tanta
llega á gozaros mi vida,
diga mi feliz caída
quien no cae no se levanta.

ESCENA XIII

LISARDA, VALERIO y LELIO, desenvainadas las espadas, y ROSELIO.—Luego LEONELA.

- LISARDA. Primo mío, esposo caro,
si sois una sangre mesma,
¿por qué queréis derramarla
en mi daño y vuestra ofensa?
Mis lágrimas pongan paz
en esta civil pendencia,
que espadas son de dos filos
que mis ojos á hilos riegan.
No haya más.
- VALERIO. Falso cuñado,
que al nombre las obras muestra,
la muerte tengo de darte
á la entrada de estas puertas,
por donde en agravio mío
entran mi enojo y tu afrenta.
- LELIO. Habla menos y obra más.
- ROSELIO. ¡Que con vosotros no puedan
mi autoridad ni mis canas!
Soltad las armas inquietas.
- (Sale Leonela.)
- LEONELA. ¡Milagro, milagro extraño!
Hagan tocar en iglesias,
en monasterios y ermitas
las campanas vocingleras;
entrad, veréis maravillas.
- VALERIO. ¿Qué confusiones son éstas?
- LEONELA. Entrad, veréis el milagro
de mi casa.
- ROSELIO. ¿Qué voceas?
- LELIO. ¿No sabremos lo que es esto?

ESCENA XIV

CLEANDRO, ALBERTO y BRITÓN.

- CLEAND. Las armas, Valerio suelta,
que cuando el cielo hace paces
no es bien que riña la tierra.
El acero, Lelio, envaina,
porque no es ocasión esta
de aceros duros y helados,
sino de pechos de cera.
Margarita que, vencida
de la ocasión hechicera,
mujer en el nombre frágil,
pero gigante en las fuerzas,
irse á Nápoles con Lelio
quiso, y dejar á Florencia,
según el Guzmán Domingo
me ha dado dichosa cuenta,
amparándola el rosario
y el Angel Pastor que enseña,
cuando van descarriadas,
el camino á sus ovejas,
cuando se iba desbocada,
tiró las airadas riendas.

dando con sus vanidades
y amor tres veces en tierra.
Y cuando desesperada
imitar á Caín ordena,
en traje de su galán,
que es el que más le contenta,
se le aparece y levanta
y á un jardín bello la lleva
donde, transformado en rosas,
está la Virgen sus cuentas
suelos los cabellos de oro
que, como las almas suelta,
que en ellos tuvo cautivos
y no quiere que más prenda,
los saca libres al aire
de una red de oro y de seda,
desmayada del amor
divino, en la cama se echa,
que mullen las mismas rosas,
sin que haya espinas en ellas,
y con la esposa diciendo
cuando con Dios se requiebra:
«Cercadme, Señor, de flores,
rosas del rosario vengan,
y sirvan de manzanillas
por fruto dulce sus cuentas.»
En el sueño con que el justo
quiere su esposo que duerma,
quedó á la cosa del siglo,
pero para Dios despierta.

- VALERIO. Si esto es así, cesen, Lelio,
vuestros enojos, pues cesa
la causa. Dadme esos brazos.
- LELIO. Y con ellos paz perpetua.
- ROSELIO. ¡Gran mudanza!
- CLEAND. Y gran ventura.
- LISARDA. Ya se acabó mi tristeza,
mi temor, mi llanto y celos.
- CLEAND. Vida loca y muerte cuerda.
- LEONELA. Señor de mi corazón:
desde hoy ha de ser Leonela
una santa Catalina;
no más burlas, todo es veras;
mujer convertida soy,
diez mil maravedis vengan,
dote de gente traída.

(Descubren un jardín arriba con muchas rosas, y en él, echada, á Margarita, sueltos los cabellos, con un Cristo, como pintan á la Magdalena, los ojos en el cielo.)

- CLEANDR. Para que cumplidos sean
vuestros deseos, mirad
el jardín que á Dios recrea,
donde es rosa Margarita.
- ROSELIO. Lágrimas: servid de lenguas
para dar gracias á Dios.
- LISARDA. Rosario, hazañas son vuestras;
no en balde os quiero yo tanto.
- ROSELIO. De vuestro hábito y librea
tengo de ser, Orden santa.
- CLEANDR. Y yo, porque buen fin tenga
mi vejez, dándoos los brazos,
quiero que en la Orden mesma,
en hermandad religiosa,
nuestra enemistad fenezca.

BRITÓN. Según eso motilones
nos cabe ser.
ALBERTO. Como vengan
las llaves del refectorio
á mi cargo y la bodega.
BRITÓN. Yo escojo la portería,
que en fin han de entrar en ella
los regalos, que alcabala
pagan al que está á su puerta.
LEONELA. Yo también escojo ser
desde ahora hospitalera.
BRITÓN. Por comerte los bizcochos
y andar catando conservas.
LELIO. Ya, Lisarda de mi vida,
no tengo de hacerte ofensas,

sino adorarte y tenerte
por espejo de Florencia.
LISARDA. Para que esté todo en paz,
y Valerio estado tenga,
con Matilde se despose,
tu hermana.
LELIO. Como él lo quiera,
en ello ganaré mucho.
VALERIO. Si mi padre da licencia,
el sí la doy con el alma.
ROSLEIO. Para largos años sea.
CLEANDR. No desespere el caído
que, aunque más pecados tenga:
quien no cae no se levanta;
Margarita ejemplo sea.

LA VIDA DE HERODES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

ANTIPATRO, <i>Rey viejo.</i>	EFRÁIM.
FASELO, <i>su hijo, Príncipe.</i>	PACHÓN, <i>pastor.</i>
HERODES, <i>su hermano.</i>	FENISA, <i>pastora.</i>
SALOMÉ, <i>Infanta.</i>	DOS ROMANOS.
JOSEFO.	UN VERDUGO.
MITILENE.	ZAPIRO.
AUGUSTO CÉSAR.	JABEL.
HERBEL.	BATO.
HIRCANO, <i>Rey viejo.</i>	LISENO.
ARISTÓBULO, <i>Príncipe.</i>	NISO.
MARIADNES, <i>Infanta.</i>	UNA MUJER.
ELIACER.	PASTORES. (1)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen ANTIPATRO, viejo; JOSEFO; FASELO y SALOMÉ, dama.

JOSEFO. Después de besar tus pies,
que en el humano teatro
siempre, invencible Antipatro,
pisando coronas ves;
porque á la fortuna des
las gracias de tu grandeza
y porque estimes la alteza
de tus inmortales glorias,
en premio de tus victorias
te da el amor su belleza.
Contra su rueda voltaria
has triunfado de Idumea,
conquistado á Galilea
y sujetado á Samaria;

y porque con dicha varia
la vejez que se te atreve
al templo tus triunfos lleve
del tiempo inmortal tesoro,
hijos te dió en siglos de oro
restauración de tu nieve.
Dióte al Príncipe Fasele,
fénix nuevo en quien se ve
tu imagen, y á Salomé,
bella exhalación del cielo;
dióte á Herodes, que en el suelo,
mientras á Alejandro imita,
para que con él compita,
y el mundo admire su fama,
en vez de Alejandro llama
á Herodes Ascalonita.
Filipo al nacerle un hijo
asonbro de Babilonia
y blasón de Macedonia,
que era venturoso dijo,
no tanto porque predijo
en él su gloria real,
cuanto porque en tiempo tal
Aristóteles vivía,

(1) Intervienen además TIRSO, pastor y UNA JUDÍA.